

Palabras introductorias del cardenal Raymond Leo Burke

Una de las directrices establecidas por el Concilio Vaticano II en la constitución *Sacrosanctum Concilium* (n. 16) era que la liturgia debía considerarse una de las materias de estudio «más importantes y necesarias» en las facultades de teología, especialmente en el caso de aquellas que forman a los candidatos al sacerdocio. Lamentablemente, observamos que esto rara vez ha sucedido y que, por el contrario, el estudio de la liturgia ha sido eliminado del plan de estudios de los seminarios y las facultades de teología. E incluso si se quisiera remediar esta situación, no sería fácil hacerlo, ya que la liturgia, en el ámbito universitario católico, ha dejado de ser casi por completo una disciplina que requiera una investigación con rigor científico, contentándose en la mayoría de los casos con un enfoque puramente pastoral.

Por otra parte, es cierto que, como señala el padre Uwe Michael Lang en su último libro (*The Roman Mass. From Early Christian Origins to Tridentine Reform*, Cambridge: Cambridge University Press, 2022; p. 3), los escritos de Josef Ratzinger —el papa Benedicto XVI— «han inspirado a una nueva generación de investigadores a cuestionar la narrativa dominante según la cual la liturgia romana pasó de un desarrollo dinámico inicial a un declive medieval y luego a un estancamiento moderno precoz, y también han animado a los investigadores y ministros del culto a reflexionar críticamente sobre las reformas litúrgicas del siglo XX y a expresar su malestar por el estado actual de la liturgia católica». Esta contribución ha impregnado amplios sectores de la Iglesia y ha contribuido al renacimiento litúrgico de su pontificado.

Por otra parte, algunos centros universitarios del ámbito secular también se han dedicado al estudio de la liturgia latina desde perspectivas que, aunque no son las suyas, constituyen sin embargo una valiosa contribución. La arqueología, la literatura o la historia, así como las disciplinas artísticas, musicales y sociales, han hablado mucho de este fenómeno «cultural». La antropología social también ha aportado su contribución al entender la liturgia como una «representación ritual», ofreciendo una nueva perspectiva que siempre presenta aspectos positivos.

Sin embargo, el interés de los católicos por la liturgia no se debe solo al hecho de que esté prescrita por un concilio ecuménico o de que constituya un objeto cultural digno de estudio. El papa Francisco ha enseñado recientemente que la misa es el corazón de la Iglesia (Audiencia general del 8 de noviembre de 2017), y también es el corazón de la liturgia. La Eucaristía es, por tanto, para nosotros un acto rebotante de vida, una vida dotada de interioridad, profundidad y unidad que se traduce en múltiples expresiones, como en una armonía, o más bien en una sinfonía de temas concordantes que se orquestan progresivamente. Es esa túnica resplandeciente de reminiscencias bíblicas, esa vestimenta sagrada en la que se refleja todo el universo en torno a la Iglesia y a su Esposo celestial.

En ningún poema, en ninguna obra de arte, y mucho menos en ningún sistema de pensamiento abstracto, se podría expresar mejor ese $\nu\omicron\upsilon\varsigma$ $\chi\rho\acute{\iota}\sigma\tau\omicron\upsilon\varsigma$ (intelecto de Cristo), que es al mismo tiempo mens Ecclesiae (intelecto de la Iglesia). Así lo explica el padre Louis Bouyer (*Eucharistie : théologie et spiritualité de la prière eucharistique*, París: Declée, 1968, p. 23), quien también advierte que si, como muchos afirman, la liturgia se deteriora por el desgaste, la rutina y la esclerosis, se ve mucho más radicalmente deformada por las teorías con las que se intenta reformarla de forma abusiva. Y en estos casos, no se tratará de una simple negligencia o de un olvido más o menos profundo. Se trata de errores cometidos solemnemente y por principio que, con el pretexto de enriquecer o reformar, solo consiguen estropear o mutilar irremediamente un edificio construido pacientemente durante quince siglos.

Nuestro interés por la liturgia proviene también del hecho de que es teológica. El papa Pío XI dijo que «la liturgia es el órgano más importante del magisterio ordinario de la Iglesia (...) No es la didáctica de tal o cual individuo, sino la didáctica de la Iglesia» (Audiencia a Dom Bernard Capelle del 12 de diciembre de 1935), por lo que su estudio no se limita estrictamente al ritual, sino que también admite un enfoque teológico. Pero se trata, por supuesto, de una teología que, sin dejar de ser rigurosa, expresa de manera particularmente precisa el sentido original del término griego $\theta\epsilon\omicron\lambda\omicron\gamma\acute{\iota}\alpha$ (*theologia*), que designa un himno, una glorificación de Dios a través del $\lambda\acute{o}\gamma\omicron\varsigma$ (*logos*), el pensamiento expresado por el hombre. Se trata de un pensamiento racional, sin duda, pero de una razón que es armonía, música intelectual, y cuya traducción espontánea es, por tanto, un himno litúrgico. Por esta misma razón, las celebraciones litúrgicas que se contentan con ser una simple reunión de fieles y que no están impregnadas de la contemplación o la adoración de Cristo presente en su misterio vivo que allí se celebra, pronto se convertirán en una de esas manifestaciones masivas que tanto gustan al paganismo contemporáneo, a las que se añadirán algunos destellos de cristianismo en el plano emocional. La liturgia y la misa terminan así siendo un fenómeno puramente social que ha sustituido al opus redemptionis, el misterio profundo e inconmensurable en el que nuestra redención se renueva por el sacrificio de Cristo.

La Iglesia debe velar, pues, por que los estudios científicos de la liturgia se vean también iluminados por el indispensable aspecto sobrenatural y espiritual. Precisamente para lograr esta conjunción, en 1994 se fundó el CIEL (*Centro Internacional de Estudios Litúrgicos*), que durante diez años organizó jornadas de investigación y reflexión en las que participaron especialistas no solo del ámbito litúrgico, sino también de otras disciplinas como la teología, la espiritualidad y la filosofía. Tanto los resultados como la formación que ha proporcionado a quienes han participado en ellas han contribuido a la renovación del pontificado benedictino que acabamos de mencionar.

La publicación de este primer volumen de actas seleccionadas de los coloquios del CIEL es una importante contribución a los esfuerzos realizados para proporcionar a la Iglesia estudios serios sobre su liturgia. Se trata de un conjunto de estudios, realizados sobre una base científica, que tratan temas relacionados con diversos aspectos de la liturgia. Por ejemplo, un grupo de capítulos trata de la historia y la evolución de los libros litúrgicos, como el misal o el pontifical, no solo desde el

punto de vista de la crítica externa, que siempre es necesaria, sino también desde el punto de vista de la eclesiología que reflejan. Otros se refieren a las características que debe poseer la música sacra, y también aparece el valioso testimonio de quienes han sido miembros de las comisiones y grupos de trabajo encargados de la reforma litúrgica promovida por el Concilio Vaticano II.

Por último, el estudio de la liturgia, lejos de ser una cuestión periférica en la academia católica, debe ocupar el lugar destacado que merece y, por lo tanto, la Iglesia en su conjunto debe apoyar y promover todas las iniciativas que tiendan a una investigación rigurosa en esta disciplina. Los frutos de tales iniciativas, como en el caso del libro del que hacemos el prólogo, son suficientemente elocuentes de los resultados de excelencia que se pueden alcanzar.

Cardenal Raymond Leo Burke